



La seducción del pesimismo: el caso español

The seduction of pessimism: the Spanish case

■ Rafael Núñez Florencio*

Resumen

El pesimismo ha marcado la trayectoria histórica de España. Con más o menos razones, los intelectuales españoles han mantenido una actitud pesimista respecto a su país, que puede rastrearse hasta al menos la cultura barroca. Aunque es en la época contemporánea (antes del llamado «Desastre del 98», pero más claramente después de éste) cuando se desarrolla un sentimiento trágico y negativo de lo español que tendrá un peso decisivo no sólo en la especulación ideológica sino en la propia realidad hispana. El espectro del pesimismo ha sido tan poderoso en nuestro devenir que difícilmente se puede asegurar que haya sido completamente superado, aunque la España actual sea muy diferente a la de hace unas décadas.

Palabras clave

Pesimismo. Decadencia. «Desastre del 98». España.

Abstract

Pessimism has marked the path in Spanish history. With more or less reasons, Spanish intellectuals have kept a pessimistic attitude with regards to their country that can be traced back to the Baroque culture. Nonetheless, it is in the Contemporary period (before the Spanish-American War, although clearly after this) when tragic and negative feelings of all Spanish is developed and will have decisive weight not only in the ideological speculations but also in the hispanic reality. The spectrum of pessimism has been so powerful in our evolution that it is very hard to assure that it has been completely overcome, although Spain is now very different to that of several decades ago.

Key words

Pesimism. Decline. Spanish-American War. Spain.

* Historiador y filósofo. Autor de *El peso del pesimismo* (Marcial Pons, 2010).

■ En una entrevista reciente, un buen conocedor de las sociedades española y estadounidense, el doctor Luis Rojas Marcos, contestaba así a una pregunta sobre la disposición anímica de nuestra colectividad: «lo cierto es que en España el optimismo está mal visto. Aquí es raro que alguien presuma de ser optimista, vende poco, a diferencia de lo que sucede en EEUU, donde hacer alarde de una visión positiva y optimista es lo más normal. Mejor dicho, en EEUU la afirmación ‘soy pesimista’ está muy mal vista porque eso implica que no vas a tener éxito en el trabajo o en tus proyectos personales. En definitiva, que vas a fracasar en todo aquello que te propongas. Y, claro, nadie quiere darle empleo a un pesimista». Y luego remachaba: «aquí, tradicionalmente, al optimista se le ha tildado de ingenuo, ignorante o quijotesco». La prueba de que esta reflexión no era un asunto colateral la daba el propio titular de la entrevista, en grandes caracteres. Era éste: «En España ser optimista está mal visto. Es raro que alguien presuma de serlo, porque no vende»¹.

Un poco antes, el sociólogo Vicente Verdú, bajo el título de «Pesimismo nacional» comenzaba un artículo en «El Boomeran(g). Blog literario en español» con la siguiente aseveración: «De la misma manera que hay personas pesimistas y optimistas, hay naciones que tienden mentalmente a lo peor y otras a lo mejor». Y, curiosamente, acudía al mismo ejemplo o, para ser más exactos, a la misma contraposición: Estados Unidos —afirmaba— «es un país netamente optimista y ese espíritu se ha convertido en un atributo nacional semejante a la bandera», mientras que «España, en cambio, hace demasiados siglos que ha dejado de soñar» y, aún más, ha desarrollado una trágica personalidad nacional. Este «sentimiento trágico de las cosas», conducente a una «baja autoestima», ha condicionado el devenir histórico a lo largo de los dos últimos siglos. De ahí la persistente sensación de «atraso secular» como una maldición casi imposible de vencer. Con la llegada de la democracia, concluía Verdú, pareció por un momento que salíamos de la permanente desdicha, pero cualquier piedra en el camino nos retrotrae al lamento y la desesperación, es decir, a la falta de confianza en nuestras propias fuerzas².

Dejemos los campos de la psicología y la sociología y zambullámonos directamente en el ámbito histórico. Un reconocido historiador de nuestros días, Ricardo García Cárcel, ha resumido la trayectoria hispana de los últimos siglos —nada menos que desde el Barroco a nuestros días— como un desengaño recurrente. Un desengaño —el término es suyo, no deducción mía— que ya marcó a Saavedra Fajardo «en plena locura barroca entre los olivaristas y anti-olivaristas», que se encarna en la decepción de Jovellanos ante el godoyismo, que prosigue en la frustración de los primeros liberales, que se hace patente en la amargura de Larra, que exteriorizan tantas generaciones decimonónicas hasta llegar al atroz negativismo de los noventa yochistas, que desemboca en el regeneracionismo imposible de un país y una

¹ Revelles D. Entrevista a Luis Rojas Marcos. Magazine, El Mundo, Madrid, 2-1-2011; pp. 28-30.

² <http://www.elboomeran.com/blog-post/11/1101/vicente-verdu/pesimismo-nacional/>.

sociedad en los que sólo hallan acomodo fácil la mediocridad y las corruptelas. Después, la historia sabida, los intelectuales que, insatisfechos con la dictadura primorriverista, apuestan por la República, se decepcionan con ella y acaban asistiendo impotentes a la tragedia de la guerra civil. El siglo XX queda así marcado por una de las dictaduras más longevas de Occidente. No es, pues, un fracaso concreto, una decepción puntual o un malestar transitorio, sino algo mucho más profundo que parece estigmatizar a España y los españoles de manera tenaz a lo largo de los siglos. Conviene recalcar que ésa es la interpretación que hace el mismo García Cárcel. Por decirlo con sus propias palabras, «el guadiana del desengaño ha recorrido, pues, toda la historia de España»³.

Intentemos coger ya el toro por los cuernos: ¿es este pesimismo la consecuencia de una verificación (la que corresponde a una trayectoria histórica extraviada), o más bien una actitud apriorística, como un tipo de anteojera que necesariamente ha de mostrar en tonos lóbregos cualquier realidad que se contemple? Reconozcámoslo francamente: el pesimismo, como el dolor o el mal, nos repele y nos desazona pero también —o quizás por eso mismo— nos atrae y nos sugestiona. A escala tanto individual como colectiva no es una *boutade*, ni mucho menos, hablar de la seducción del pesimismo, como una especie de fascinación por lo tenebroso y una cierta complacencia en la desgracia. Dicho en otros términos, cuando se usa la noción de fracaso de España (en términos amplios o restrictivos), ¿se está hablando de un tipo de fiasco empíricamente demostrable, o más bien de una interpretación sujeta a matices y controversia?

La clave para contestar a esta cuestión nos la proporciona el análisis del propio concepto, pues «fracaso», como su opuesto, «éxito», son siempre criterios relativos, dependientes del contexto comparativo en que se utilicen. En este sentido puede adelantarse ya que unos baremos de autoexigencia y unos criterios sumamente severos con nosotros mismos han constituido tradicionalmente la clave o constante interpretativa de los españoles tanto en lo que atañe a su pasado y su presente como, sobre todo, en relación a otras naciones. De ahí que, como corolario inevitable, la autoevaluación haya arrojado con frecuencia resultados insatisfactorios.

Pero no precipitemos estimaciones y consecuencias. Nuestro punto de partida tiene que ser más bien la constatación de que, *con razón o sin ella*, la actitud pesimista ha sido —en primer lugar— una constante en la vida política, social, cultural e ideológica de la España de los últimos siglos (aunque aquí, por razones operativas, nos vamos a circunscribir al lapso convencionalmente considerado como «etapa contemporánea» y, más intensamente aún, al siglo XX). En segundo lugar, hay que establecer que dicha propensión ha sido más profunda y determinante que las inclinaciones en sentido contrario: hablando en plata, que el negativismo ha superado en extensión e intensidad a las visiones que pudieran calificarse de complacientes o simplemente positivas. Y, por último, pero no menos trascendente, que los pronósticos pesimistas

³ García Cárcel R. La España de los desengañados. ABC, Madrid, 20-3-2007; p. 3.

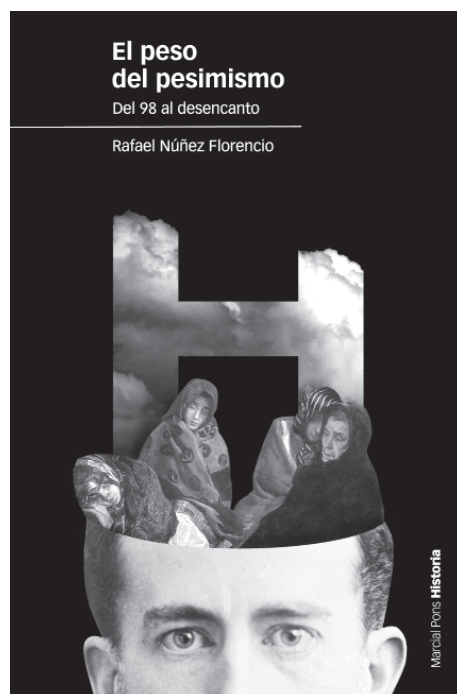
no han operado en el ámbito etéreo de las teorías puras sino que, muy al contrario, como profecías que se autocumplen, han tenido un peso decisivo en la marcha de la nación, desempeñando un papel real de menoscabo, retraimiento, pasividad y subestimación en el desenvolvimiento de la colectividad española.

En este caso concreto el historiador que traza el panorama precedente aspira, hasta donde sea posible, a dar un paso atrás en su protagonismo y dejar que hablen otros por él. En otras palabras, el analista pretende operar aquí al modo de testigo o notario, dando fe o, a lo sumo, perfilando el cuadro de una determinada realidad de la manera más fiel posible. Expresado al modo orteguiano, vendría a ser una exclamación del tipo «¡esto, señores, es lo que hay; juzguen ustedes!» No se trata obviamente de fingir una imparcialidad seráfica, sino tan sólo de desgranar acontecimientos y retratar actitudes, procurando que se imponga la elocuencia desnuda de aquéllos y éstas.

Con todo ello —ocioso es subrayarlo a estas alturas— no se esconde un designio de mantener ni aun siquiera sugerir una supuesta especificidad hispana, un *revival* de la famosa «diferencia» franquista que acompañaría como espejo fiel al no menos tópico tema del atraso, la incapacidad y la decadencia seculares de este viejo solar ibero. Lejos quedaron por fortuna los tiempos en que la historiografía abordaba estas cuestiones con el utillaje conceptual del «carácter», «alma» o «postración» hispanos. Contra esencialismos y determinismos, la misión del historiador de hoy se limita a mostrar, analizar y comparar, siempre con los datos en la mano, con la mirada ávida y la mente limpia de prejuicios. Ni éste es el único rincón pesimista del mundo ni el pesimismo aquí reinante fue una consecuencia inevitable de un estado de cosas. Dejemos las simplificaciones y el maniqueísmo. Quizás podamos vislumbrar entonces que la realidad es más compleja y también más apasionante.

En torno al cadáver nacional

Suele decirse que el pesimismo contemporáneo parte del 98. En sentido estricto, no es cierto. Sería suficiente aducir tres datos: el primero, antes aludido de soslayo,



la frustración y el lamento de los liberales españoles que ven cómo el temprano liberalismo se va diluyendo sin frutos mientras que caen sus más conspicuos representantes o, en el mejor de los casos, se acogen al exilio francés e inglés; en segundo término, basta fijarse en la literatura sobre la decadencia —podría decirse la obsesión por la decadencia— que impregna todo el discurrir decimonónico y de la que es buena muestra la obra histórica de Cánovas del Castillo⁴, antes de que el eximio malagueño accediera a las responsabilidades de gobierno con la convicción de que iba a gobernar a quienes eran españoles... porque no podían ser otra cosa; y, en tercer lugar, la sensación de atraso del país en todos los órdenes estaba ya tan arraigada en las cabezas pensantes que la medicina que luego se popularizará como regeneracionista empieza a dar sus frutos editoriales bastante antes del famoso «desastre»: así, una de las obras señeras de tal corriente, *Los males de la patria*, de Lucas Mallada, ve la luz en 1890.

Lo que sí es cierto e incuestionable es que el llamado «desastre» supondrá un revulsivo, marcará un hito y se convertirá en el símbolo indudable de la postración nacional. Pero obsérvese ya que la calificación del hecho es también indicativa de un estado de ánimo que no hará más que asentarse en los decenios posteriores. España no perdió en el 98 su inmenso imperio colonial sino tan sólo las migajas —por muy importantes que fueran en términos absolutos— de unos dominios donde tiempo antes «no se ponía el sol». La derrota ante la emergente potencia norteamericana, prácticamente en su patio trasero y a una distancia abismal de nuestras costas, no podía considerarse más que el resultado previsible (*normal*, si se prefiere) de un desequilibrio de fuerzas y unas ingratas condiciones objetivas. Más aún, la historiografía ha demostrado con rotundidad que por las mismas fechas —finales del XIX y comienzos del XX— se produce un reajuste del tablero geopolítico mundial que lleva a la supremacía de algunos países (por ejemplo, germanos y anglosajones) en detrimento naturalmente de otros (básicamente latinos), que tienen que replegarse ante el empuje de los primeros⁵. Cuba en este contexto es una anécdota que ni siquiera llega a significar para la metrópoli la hecatombe económica que algunos predecían. En Cuba se perdió bastante menos de lo que aseveraba la frase tópica⁶.

⁴ Cánovas del Castillo A. *Historia de la decadencia de España*. La edición original es de 1854. Otra edición más disponible: Málaga: Algazara, 1992.

⁵ Uno de los historiadores que más insistió en esa interpretación fue José María Jover Zamora. Puede verse como muestra un ensayo que apareció como extenso estudio preliminar en el volumen correspondiente de la magna *Historia de España* que él dirigía, con el título de «Después del 98. Horizonte internacional de la España de Alfonso XIII» (*Historia de España*. Menéndez Pidal, XXXVIII, vol. I, Madrid: Espasa Calpe, 1996; pp. IX-CLXIII). A propósito, Jover Zamora también es autor de un importante trabajo sobre la ideología decadentista hispana. Véase «Auge y decadencia de España. Trayectoria de una mitología histórica en el pensamiento español», en *Historia y Civilización*, Valencia: Universitat de València, 1997; pp. 63-92.

⁶ Pan-Montojo J. (Coord.). «Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo». Madrid: Alianza, 1998. Una visión de conjunto de la situación del país en aquel momento histórico en Núñez Florencio R. *Tal como éramos. España hace un siglo*. Madrid: Espasa, 1998.

El problema era que la distinción salisburyana entre «naciones vitales» y «naciones moribundas»⁷ se revela aquí como un mensaje más descorazonador y con unas aristas más hirientes porque venía a superponerse a la ya larga estela que enjuiciaba el pasado hispano en términos de continua decadencia. Se trataba de una tendencia tan persistente y tan hondamente arraigada que, incluso dos décadas después y en boca de un personaje egregio como Ortega y Gasset, se continúa aseverando que el ocaso español no tiene parangón y que la historia entera de España es la crónica —a lo largo de... ¡más de cinco siglos!— de una decadencia insondable⁸. Nada tiene de extraño, pues, que en ese medio fructifique una brillante literatura pesimista —acorde, por otro lado, con el talante hipercrítico, el nihilismo y el negativismo de las grandes corrientes ideológicas del momento y de los autores más impactantes, de Nietzsche a Nordau—. Ganivet acertó en la acuñación de un término que podía quedar como representativo de la sensibilidad colectiva de aquella España «sin pulso» (Silvela *dixit*): la abulia, es decir, la debilidad volitiva, el desmayo, la falta de ganas. *La voluntad* se titula precisamente una novela primeriza de José Martínez Ruiz (el luego famoso Azorín), aunque trata paradójicamente de la ausencia de ella. Unas coplillas de la época, con el significativo título de *Cansera*, reflejan ese cansancio vital, conducente al hastío: «Por esa sendica se fue la alegría, / por esa sendica vinieron las penas... / No te canses, que no me remuevo; / anda tú, si quieres, y *éjame* que duerma, / a ver si es *pa* siempre... ¡Si no me *espertara!*... / ¡Tengo una cansera!...»⁹.

Bien es verdad que en esto de acuñar vocablos abúlicos, describir entornos deprimentes, pergeñar ambientes sórdidos o dibujar ánimos desfallecientes, los literatos, pintores e intelectuales tradicionalmente asociados al 98 resultaron ser unos consumados maestros. Pocos podrían disputar al mencionado Azorín la primacía en la descripción poética del interior peninsular, esos campos áridos, esos pueblos terrosos y esa gente enlutada que, como estatuas, dan testimonio de que el tiempo aquí se ha detenido. No se queda atrás el primer Baroja, el de la trilogía de la *Lucha por la vida*, consumado artista en una estética de lo sombrío que halla su complemento en los dibujos y grabados de su hermano Ricardo: arrabales míseros, desolación y presencia pertinaz de la muerte.

⁷ El *premier* británico, Lord Salisbury, pronosticaba que las naciones vitales (*living nations*) pronto devorarían a las otras (*dying nations*), del mismo modo que operaba la naturaleza en todos los órdenes de la vida. Un estudio de la controversia en Litvak, L. *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*. Barcelona: Puvill, 1980.

⁸ Para Ortega la historia española es, en efecto, la historia de un declive interminable. Lo mantiene de todas las maneras posibles. Así, dice «que de 1580 hasta el día cuanto en España acontece es decadencia y desintegración», pero luego remonta el mal hacia mucho más atrás, «a toda la Edad Moderna». Luego, «mayor estudio y reflexión me han enseñado que la decadencia española no fue menor en la Edad Media que en la Moderna y Contemporánea». En definitiva, «la historia de España entera (...) ha sido la historia de una decadencia». Cf. Ortega y Gasset J. *España invertebrada*. Madrid: Espasa Calpe, 1977; pp. 57 y 141. La edición original de la obra es de 1921.

⁹ García Barrón C. *Cancionero del 98*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, 1974; p. 253.

Unamuno, sin dejar de mirar de soslayo hacia fuera, interiorizará ese ambiente en el «sentimiento trágico de la vida», del mismo modo que Antonio Machado, escarbando en el corazón hispano, encontrará una España despiadada, cainita, feroz. En el fondo, el mismo país, la España negra —negra de pobreza, luto, dolor y muerte— que pintará y recreará Darío de Regoyos, luego continuado por la paleta ocre de Zuloaga. En todos esos casos la inicial intención crítica termina desembo-cando en una sospechosa recreación de tintes masoquistas. Parece que no se trata tanto de denunciar males con la esperanza de superarlos cuanto de regodearse en una situación que pronto se perfila con caracteres de irremediable. España, dirá Unamuno, es un convento, un cuartel, un manicomio, un inmenso cementerio... España, sostendrá Ganivet con una contundencia que nos redime de más glosas, «es una nación absurda y metafísicamente imposible, y el absurdo es su nervio y su principal sostén. Su cordura será la señal de su acabamiento»¹⁰.

Todo es malo. Todo está mal. Del pasado esplendor —si es que lo hubo— nada permanece. A lo sumo, la sombra ominosa del ocaso, esa decadencia de siglos que ahora se proyecta en un presente mísero, haciendo con su recuerdo más amarga una postración de la que no se puede —¿o no se quiere?— salir. De ahí que se insista tanto en las metáforas biológicas, siempre con propensión a definir un estado terminal: enfermedad, tumor, cirujano, agonía, estertores, muerte... Es verdad que no son pocos los que hablan de regeneración, pero después de demorarse tanto en la descripción de los males que se asemejan más a agoreros que a sanadores. El contraste entre los males diagnosticados y la falta de iniciativas lleva a algunos a la desmesura, pasando directamente del papel de profetas tronantes a la pura desesperación. El caso de Joaquín Costa es ciertamente representativo de esta tendencia. De una u otra forma el debate público se aproxima peligrosamente al nihilismo, pues las soluciones quedan eclipsadas por el tono apocalíptico que termina imponiéndose. Lo que primariamente queda por tanto es un cuerpo muerto, el cadáver nacional. Algunos apuntan que ya ni merece la pena hacerle la autopsia.

La realidad nacional como esperpento

Conviene subrayar que esta literatura catastrofista no se circunscribe al 98 o al inmediato regeneracionismo, como a veces suele afirmarse, sino que se prolonga mucho más allá, hasta como mínimo la tercera década del siglo XX, y aun así, no se agota en estas fechas sino que, muy al contrario, encuentra su relevo en unos argumentos aparentemente distintos pero que no hacen más que prolongar por otros derroteros ese sentimiento amargo de lo hispano. La genial creación valleinclanesca del esperpento nos sirve de referencia fundamental para apreciar las modulaciones,

¹⁰ Unamuno M y Ganivet A. *El porvenir de España*. Granada: Diputación Provincial/Fundación Caja de Granada; 1998, p. 138.

pero ante todo la continuidad de esta mirada hipercrítica sobre España como nación, la política, la sociedad hispana, su idiosincrasia, su pasado y su presente, todo ello —una vez más— entrevisto y retratado a la manera goyesca, o sea, a chafarrinones, con trazos violentos y colores sombríos. En efecto, ¿qué diferencia hay entre la concepción ganivetiana del país y la famosa definición de *Luces de Bohemia*, «España es una deformación grotesca de la civilización europea»¹¹?

El esperpento es el corolario natural de una disposición anímica, de una actitud intelectual y de una manera de juzgar los asuntos hispanos, las «cosas de España», para decirlo con el tono peyorativo que se convirtió en clásico y recurrente. La continuidad de la mirada es esencial para nuestro propósito porque permite entender que no estamos hablando de chispazos aislados, sino de una corriente de fondo que, en todo caso, gana intensidad según los momentos pero que siempre mantiene su caudal. Lo dice el propio Valle en otra de sus obras más celebradas, *Los cuernos de don Friolera*, cuando un personaje pregunta: «¿Cree usted que no ha servido de nada Don Quijote?», y otro contesta: «Ni Don Quijote ni las guerras coloniales». He aquí la clave: no se trata de denunciar equivocaciones, pues errores todos los podemos cometer, a escala individual y colectiva.

El problema no está en que un país yerre, sino que no aprenda de sus yerros. Más aún, el problema de España es que se empecina en cometer los mismos errores de la misma manera con una determinación suicida. ¿Qué es el 98? El fracaso de una política colonial, el resultado de la atonía militar, la consecuencia del aislamiento del país en la esfera internacional. ¿Y qué hace España tras la tragedia en tierras antillanas? Reproducir los mismos desaciertos en territorio africano, en las montañas del Rif. Resultado: una sucesión de derrotas humillantes que se vuelven a vivir como desastres. Éste es el término que se repite ya como una letanía para respuntear la trayectoria exterior de España: al desastre del 98 le sigue el desastre del Barranco del Lobo (1909) y más tarde el desastre de Annual (1921).

Tantos desastres conforman necesariamente una disposición que no puede llamarse de otra manera que derrotismo. *La moral de la derrota* fue un famoso título regeneracionista¹², pero según avanza el siglo parece que la derrota se vive, más que como una referencia puntual, como un destino. Y como a perro flaco todo son pulgas, al cuerpo nacional ya le salen los enemigos en el propio suelo peninsular en forma de particularismos o regionalismos que, en algunos casos, no esconden una clara voluntad secesionista. Aunque Valentí Almirall no era de éstos, en algunas de sus obras no se recata en señalar que el problema de España se llama Castilla y el lastre de los pueblos peninsulares no es otro que el espíritu castellano¹³. El genio

¹¹ Valle-Inclán RM. *Luces de Bohemia*. Esperpento, ed. de Alonso Zamora Vicente. Madrid: Espasa-Calpe, 1992; p. 162. La obra más famosa del dramaturgo gallego data de 1924.

¹² Morote L. *La moral de la derrota*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998. La edición original es de 1900.

¹³ Almirall V. *Obras y escritos políticos y literarios*. I. El catalanismo. Barcelona: Imp. La Campana y La Esquella, 1902; pp. 54-55 y ss.

castellano se ha agotado, asegura por su parte Joan Maragall¹⁴. Y en Pompeyo Gener se llega a la descalificación racista del español, entendido como castellano, porque hay en él «demasiada sangre semítica y bereber». España, dice, desde el Ebro para abajo, no es más que un revoltijo de «toros, toreros, chulos, majos, cantos guturales monótonos y fúnebres, repiqueteos de pies y contorsiones erótico-epilépticas, bailes dignos de los Cándalas de la India, castañuelas, guitarras, palabras, costumbres y actos de los gitanos»¹⁵.

Con tales salidas de tono no es extraño que desde la orilla ideológica opuesta se llame a rebato diciendo que el cuerpo nacional está gangrenado y hay peligro de que surjan nuevas Cubas en el propio territorio peninsular. Para determinados sectores conservadores, no es que España sea ya el gran enfermo europeo, como en su día lo fue el imperio turco: es que corre el riesgo de desintegrarse y, al cabo, desaparecer a manos de otras potencias.

Así las cosas, ni siquiera resultaba ya consolador refugiarse en el espíritu quijotesco al modo de un Maeztu o —mucho más abiertamente— Unamuno, es decir, invocando todo lo que tenía el personaje de Cervantes de noble, valiente, idealista, generoso, justiciero y hasta heroico, cualidades que se trataban de traspasar a la nación en su conjunto porque, como había dicho el primero de los citados «toda España ha sido don Quijote»¹⁶. Y no resultaba ni confortador ni plausible sencillamente porque la mirada del siglo XX, aun comprendiendo las razones quijotescas, no podía por menos que añadir inmediatamente que Don Quijote, con todas sus buenas intenciones, no era más que un pobre loco. Y aunque no lo hubiera sido, su concepción del honor y su comportamiento no podían convertirse en código de conducta para todo un país ni considerarse virtudes apropiadas para sobrevivir en el mundo moderno.

¿Dónde están, se preguntaba con su proverbial pragmatismo Ramón y Cajal, «los Quijotes de nuestra industria y comercio?»¹⁷ Complementariamente, otros analistas señalaban con lucidez que había que dar un paso más y reconocer en el Caballero de la Triste Figura la contraimagen de lo que España tendría que ser. O, dicho de otro modo, confesar abiertamente que el viejo hidalgo representaba todos los defectos nacionales, del mismo modo que sus desventuras constituían en cierto modo una acerba metáfora de la trayectoria histórica de este viejo país¹⁸. Azaña acertó a expresarlo con una contundencia demoledora: en «la derrota y desilusión de don Quijote» está «el fracaso mismo de España»¹⁹.

¹⁴ Maragall J. Problemas del día. Artículos, en: *Obras Completas*, vol. XVII. Barcelona: Sala Parés Librería, 1934; pp. 73-74.

¹⁵ Gener P. *Cosas de España. Herejías nacionales. El renacimiento de Cataluña*. Barcelona: Juan Llorachs, librero, 1903; pp. 19-20, 228-229.

¹⁶ Maeztu R. *Don Quijote, Don Juan y La Celestina*. Madrid: Espasa Calpe, 1981; p. 55. La edición original es de 1926.

¹⁷ Ramón y Cajal S. *La mujer. Psicología del Quijote y el quijotismo*. Madrid: Perona, 1944; pp. 99-108.

¹⁸ Rodríguez Pinilla C. *Heroísmo y no quijotismo*. Salamanca: Impr. de Núñez, 1916; pp. 13-15.

¹⁹ Azaña M. *La invención del «Quijote» y otros ensayos*. Madrid: Espasa Calpe, 1934; pp. 4647 y ss.

En este ambiente de desmoralización irrumpe la violencia como fuego al lado de un polvorín. Siguiendo una larga tradición que se remontaba al primer liberalismo («la guerra civil es un don del cielo» dijo el republicano Romero Alpuente), los españoles empiezan a especular peligrosamente sobre el exterminio del contrario —el adversario convertido en enemigo— como atajo para solucionar los males patrios. Uno de los que más inconscientemente jugó con el concepto fue Unamuno, que cultivó el guerracivilismo teórico en todas sus conjugaciones pero casi siempre con un matiz, si no totalmente positivo, sí al menos como terapia, catarsis o redención. Otros muchos, de una u otra guisa, siguieron su estela, que terminó planteándose, como no podía ser de otra forma, en términos inequívocamente políticos. Así aparece en las proclamas o reflexiones de autores tan diversos como Álvaro de Albornoz, Julián Besteiro o Luis Araquistáin²⁰, entre los llamados progresistas, mientras que, como es sabido, el incipiente fascismo español recreaba en la teoría y en la praxis la dialéctica de las pistolas. Así, claro, hasta que las circunstancias maduraron al punto de que lo ansiado o temido —y, en todo caso, insistentemente profetizado— se terminó haciendo realidad en forma de la más cruenta contienda civil vivida por los españoles (¡y eso que ya en el XIX tuvimos una buena y repetida muestra a cuenta de los levantamientos carlistas!). Esto era la peor forma de esperpento: la macabra conversión del suelo de aquel metafórico «cadáver nacional» en solar o tumba de cientos de miles de cadáveres auténticos. Como dijo Azaña, al que le tocaba parte de responsabilidad en la catástrofe, los que habían querido sangre, sangre tuvieron, y en oleadas.

El fracaso de España

Como puede apreciarse, la concatenación de acontecimientos es cualquier cosa menos casual. Más aún, la imbricación entre las estimaciones negativas y la propia deriva hacia el abismo muestra hasta qué punto se alimentaban recíprocamente las actitudes pesimistas y los eventos desgraciados conformando una dinámica maldita de frustraciones y descabros. Por eso incurren en una simplificación inaceptable los que quieren trazar una férrea línea divisoria entre hechos y opiniones, desconociendo la permeabilidad entre unos y otras. Debido a ello, por otra parte, resultaba congruente con el complejo panorama esbozado que la resultante del proceso fuera el desangramiento real y simbólico del país, agotado tras la contienda cainita y condenado durante largos decenios a lamerse las propias heridas. De ahí el diagnóstico que termina imponiéndose de la guerra civil como catástrofe (¡a buenas horas!) o,

²⁰ Albornoz y Liminiana A. El temperamento español. La democracia y la libertad. Barcelona: Minerva, S.A., 1922; pp. 131-140. Besteiro, J. El partido socialista ante el problema de Marruecos. Discursos pronunciados por el diputado... en las sesiones del Parlamento correspondientes a los días 3, 4 y 10 de noviembre de 1921. México: P. Iglesias, S.A., 1940; pp. 54-58. Fuentes JF. Largo Caballero, el Lenin español. Madrid: Síntesis, 2005; pp. 234 y 245-246.

dicho todavía más acremente, como tremendo fracaso colectivo. Un reconocimiento que muy pronto empieza a tomar cuerpo entre los vencidos pero que irá extendiéndose también (cierto es que con mayor resistencia y dilación) entre los cuadros ideológicos del bando vencedor, entre los que el caso de Dionisio Ridruejo adquirirá una importante categoría simbólica.

El tardío arrepentimiento conllevaba una vez más, inevitablemente, la amarga lamentación. Lamento por la nueva ocasión perdida («¿cuándo aprenderá España de sus errores?»), pesar por la sangre derramada y, sobre todo, inquietud por el porvenir. Dicho de otra manera: teniendo en cuenta la trayectoria reciente, y parafraseando a Masson de Morvilliers, ¿qué podía esperarse de España? Algunos, como María Zambrano, se refugiarán en el pesimismo más tremendo: los términos «inteligencia» y España son antitéticos, sostendrá la discípula de Ortega²¹. Max Aub, en *El laberinto mágico* ofrecerá también una imagen del español como un ser que anda permanentemente a la greña con la reflexión²². Los poetas, desde León Felipe a Luis Cernuda, al querer expresar el dolor del momento terminarán sin remedio reavivando el viejo tema de España como madrastra, un asunto que viene de la literatura áurea y que ahora se repite con ligeras variaciones: solar cruel, tierra de desdichas, hontanar de rencores, pueblo mezquino, patria que despedaza y devora como Neptuno a sus mejores hijos... En suma, decir España quería decir drama, aquí, en el exilio y en todas partes, como ya se había encargado de poner meridianamente de relieve Pablo Picasso haciendo del bombardeo del pequeño pueblo vasco de Guernica no ya sólo el símbolo internacional de la barbarie fascista, sino algo más profundo y más significativo para lo que aquí se expone: me refiero a que el *Guernica* constituía el emblema de España entera, la representación del sufrimiento español y, al mismo tiempo, como obra pictórica, el cuadro más característico del arte español del siglo XX.

Lo curioso, una vez más, es que los temas se repiten en el fondo y en la forma, y hasta en sus menores detalles, revelando una continuidad que atraviesa distintas etapas históricas. Mientras que los españoles del exilio reavivan de una u otra forma el viejo «dolor de España», los españoles que han quedado dentro empiezan a mirar con ojos cada vez más críticos el país en el que viven. ¿Y qué ven? Dejando al margen las cuestiones estrictamente políticas —que constituirían un ámbito específico—, podríamos contestar que ven lo mismo o algo muy parecido a lo que observaron los intelectuales de comienzos de siglo. Hay un pesimismo callado en la contemplación del interior peninsular que va de Azorín o Machado hasta Miguel Delibes, del mismo modo que hay un pesimismo estrambótico que va desde Gutiérrez Solana hasta Camilo José Cela. Pero más allá de sensibilidades y autores,

²¹ Zambrano M. Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil. Madrid: Trotta, 1998; pp. 103-104.

²² Aub M. El laberinto mágico, en Obras Completas, vol. III-A. Valencia: Inst. Alfons El Magnànim, 2002; p. 178.

hay obras concretas que saltan las distancias temporales reproduciendo una misma realidad de pobreza, atraso, abandono, mal gobierno, injusticia, fatalismo...

Así, por citar un caso, cuando Antonio Ferres y Armando López Salinas publican en 1960 *Caminando por las Hurdes* no hacen más que reproducir literariamente el mismo desdichado mundo que había plasmado cinematográficamente Luis Buñuel casi tres decenios antes, en el famoso documental *Tierra sin pan*. Nada ha cambiado, claro, porque aquí nada cambia, como ya había advertido Azorín. Hay muchas páginas de *Señas de identidad*, de Juan Goytisolo (1966), o de *Volverás a Región* (1967), de Juan Benet, que recuerdan poderosamente a *La Tierra de Campos* (1888), de Macías Picavea, o a *Castilla en escombros* (1915), de Julio Senador. En todas esas obras se perfila un territorio agreste, rudo o descuidado, un ámbito de grandes contrastes climatológicos pero con un suelo siempre avaro, una tierra poblada por hombres y mujeres de alma encallecida para sobrevivir; en suma, un país triste, áspero e ingrato, de costumbres violentas, escasos recursos y menor cultura. Esta España interior venía a ser la antítesis perfecta del *locus amoenus* de la tradición clásica²³.

Con esos mimbres, ¿qué otra cosa podía tejerse que distintas variaciones sobre el mismo tema del infortunio de España? Los análisis de la década de los sesenta y primera mitad de los setenta se llenan de referencias al «fracaso» español, sea cual fuere el ámbito que se examine. Artículos, libros, conferencias o congresos tienen como objetivo central diagnosticar la *enfermedad* hispana: aquí no se había producido una auténtica revolución industrial, aquí se había malogrado la revolución burguesa, aquí no había fructificado la libertad y se había asfixiado todo intento de gobierno representativo, aquí no había arraigado ni la ciencia ni la filosofía... y, así, de ese modo, una interminable ristra de fallos y decepciones hacían de nuestra trayectoria histórica un permanente yerro.

La perdurabilidad de la dictadura franquista propiciaba además que a ojos propios y ajenos el país apareciera como una *rara avis* en el contexto del Viejo Continente (lo cual, dicho sea de paso, tampoco era completamente cierto, porque no todo eran democracias, ni mucho menos, en el llamado ámbito occidental). Pero lo importante aquí es que hasta las autoridades del régimen interiorizaban esa supuesta excepcionalidad hispana y, con gran habilidad, hicieron de esa situación un impactante reclamo turístico. Con ello, una vez más, tanto los franquistas como sus opositores, es decir, todos, coincidían en lo esencial: la especificidad hispana. Lo cual llevaba en último término, quisiera o no reconocerse, al famoso dilema orteguiano: si España de una u otra forma constituía el problema o, en el mejor de los casos, la excepción, sólo Europa —la integración europea con todas sus consecuencias— podía aportarnos la solución. De ahí que el objetivo fundamental de las elites españolas —una vez recuperada la democracia, tras la muerte del dictador— consistiese en realizar por encima de todo la mencionada incorporación.

²³ Núñez Florencio, R. *Hollada piel de toro. Del sentimiento de la naturaleza a la construcción nacional del paisaje*. Madrid: Organismo Autónomo Parques Nacionales, 2004.

Y con ella, teóricamente, tendrían que desaparecer los males descritos, tendría lugar una modificación en las actitudes, se estaría en situación de recuperar la autoestima y, en fin, se dejaría atrás como se arroja un pesado lastre esa propensión pesimista que nos había acompañado durante tantos siglos como sombra maléfica²⁴. Algo de esto se ha producido, es verdad. Han cambiado muchas cosas en escasos años y es innegable que esos cambios han sido positivos y han revertido sobre la sociedad española en forma de mejoras materiales, instauración de un sistema estable de convivencia y mayor confianza en nuestras propias fuerzas. Sin embargo, quien haya seguido con cierto detenimiento el hilo argumentativo que se ha desarrollado hasta aquí no podrá por menos que estar sobre aviso y un tanto cauteloso: ¿de verdad hemos dejado atrás en relativamente tan poco tiempo algo que ha pesado tanto y que ha determinado en buena medida nuestro devenir histórico?

El historiador no es sociólogo ni politólogo, por mucho que ahora se estile una «historia del presente» que tienda a confundir su papel con el de esos otros especialistas. Mucho menos aún debe arriesgarse a entrar en prospecciones que no sólo quedan fuera de su ámbito sino que, como a cualquiera, le pueden dejar bien escaldado. Pero, en cambio, sí está en condiciones de aportar algunos datos para la reflexión.

Pasado y presente del pesimismo

Si algo nos enseña el análisis realizado hasta ahora es que las circunstancias del presente y las expectativas de futuro condicionan el examen y estimación de nuestro pasado. Una España conmocionada por el 98 no acertaba a ver más que decadencia y postración mirara por donde mirase. La España convulsa del primer tercio del siglo XX no encontraba alivio en un ayer atormentado ni buenos augurios en un mañana incierto. El país que se despedaza en la guerra civil sólo sabe mirar el enfrentamiento fratricida como una muestra más del encono suicida de los españoles. El tiempo del silencio del franquismo se contempla como una nueva expresión de la España negra. Los intelectuales que miran con envidia a Europa sólo pueden constatar el atraso y la inferioridad hispanas, como un estigma secular.

Con todo ello se impone una constante a modo de lugar común de todas las interpretaciones: una visión negativa del país en todos los órdenes, lo que bien podría llamarse el paradigma del fracaso de España. La quiebra de ese modo de ver las cosas con el final del franquismo y la pacífica transformación democrática nos sitúa indudablemente en un escenario distinto. Acontecimientos y actitudes vuelven a imbricarse, pero esta vez en un círculo virtuoso: la consecución de las

²⁴ De hecho algunos teóricos se apresuraron a ofrecer públicamente esa interpretación. El título de una obra de Amando de Miguel y Roberto-Luciano Barbeito es sumamente ilustrativo al respecto: *1898-1998. El final de un siglo de pesimismo* (Barcelona: Planeta, 1998).

metas ansiadas (democracia, desarrollo, europeización) convierte en satisfacción y hasta euforia lo que hasta hace poco eran lamentos y malos augurios. Congruentemente, la propia mirada hacia el pasado se hace más comprensiva: donde antes se veía atraso y anomalía ahora se halla desarrollo sostenido y una historia que no desentona de la de otros muchos países del entorno²⁵.

Conviene por tanto tener cuidado en las valoraciones porque, como determinadas críticas, nos dicen más de nosotros mismos que del supuesto objeto de análisis. Si examinamos con detenimiento el período que ha dado en llamarse sin más la *transición*, veremos que las actitudes predominantes en su momento no tuvieron nada que ver con la franca satisfacción que se ha impuesto después, dicho sea de paso merced a la alta valoración que el proceso cosechó allende nuestras fronteras. En su momento, repito, cuando no sólo no se sabía cómo iba a terminar aquello ni, sobre todo, si iba a terminar bien, reinaba la incertidumbre, el miedo, el desconcierto y la insatisfacción. Basta leer la prensa, los análisis, confesiones y testimonios de la época para formarse una idea aproximada de esa inquietud generalizada que no se disipó hasta bastante después de que el 23-F actuara como vacuna que fortaleció el sistema democrático. Y ello es así hasta tal punto que, con razón o sin ella, la estela ideológica que quedó como huella más perdurable de esa etapa histórica fue el llamado «desencanto»²⁶. Una vez más las subjetividades no dejan de tomar carta de naturaleza, como una realidad con la que hay que contar. Muchos pusieron el grito en el cielo, ya en aquellos días, tildando de inmadura e infundada esa pose, pero lo cierto es que la ocasión más esperanzadora de nuestra historia reciente se vivió por enésima vez, sobre todo en aquellos que creaban opinión, con un talante desengañado y hasta nihilista. ¿Les suena de algo?

Ahora ya no había un 98 al que colgarle el sambenito, ni un desastre militar, ni una guerra civil, sino todo lo contrario, un país que recuperaba su libertad tras cuatro décadas de dictadura. Pero la pulsión pesimista era tan fuerte, tenía tan hondas raíces la tradición negativista, se había internalizado tanto la conciencia de fracaso, que de un modo natural la conciencia dominante en la sociedad española estableció un «¡no es eso, no es eso!», aplicado ahora de modo arbitrario a un sistema representativo, todo lo imperfecto que se quiera, pero que suponía un avance gigantesco respecto a la etapa precedente. El pesimismo, en fin, volvía a ganar la

²⁵ De ahí el llamado paradigma de la normalidad, que vendría a sustituir al del fracaso. Cf. Fusi JP y Palafox J. España, 1808-1996. El desafío de la modernidad. Madrid: Espasa, 1997. Juliá S. «Anomalía, dolor y fracaso de España». Madrid: Claves de razón práctica, octubre 1996; pp. 10-21. Este artículo se encuentra también reproducido en una obra posterior de Juliá: Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX. Barcelona: RBA, 2010; pp. 25-56.

²⁶ El desencanto fue el título de una película documental de Jaime Chavarrí sobre la familia Panero. El término pasó luego a designar la cultura de aquella etapa. Cf. Colmeiro JF. Crónica del desencanto. La narrativa de Manuel Vázquez Montalbán. Miami: North-South Center Press, 1996. Velázquez JL y Memba J. La generación de la democracia. Historia de un desencanto. Madrid: Temas de hoy, 1995. Vilarós TM. El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española, 1973-1993. Madrid: Siglo XXI, 1998.

partida. Una victoria, podríamos decir con ironía y usando un socorrido símil futbolístico, tanto más meritoria como que tenía lugar en campo contrario y con todos los factores en contra.

Ni a escala individual ni a escala colectiva podemos, pues, hacer tabla rasa del pasado. El pasado, queramos o no, marca nuestro presente y condiciona en cierto modo el futuro. El pasado en muchas ocasiones pesa y, como tal peso, limita nuestra marcha. En los albores del siglo XXI, España aparece ante propios y extraños como un país muy distinto a esa estampa de nación atrasada, violenta y anárquica que nos distinguió a lo largo de casi toda la historia contemporánea. Ahora, evidentemente, hay menos razones objetivas —algunos dirían coartadas— para el pesimismo, pero, como hemos visto, éste no surge mecánicamente como efecto de un determinado estado de cosas. Dicho de otra manera, no podemos ser tan ingenuos como para establecer que el pesimismo del pasado tenía una justificación o, incluso, una legitimidad, que ahora encontraría negada. En ningún momento nos hemos planteado si los pesimistas de nuestro pasado reciente tenían o no razón, porque no hay respuesta posible a esa cuestión. La realidad para los seres humanos no es algo fijo e inmutable, sino algo vivido y por ello mismo siempre interpretable. El que esta interpretación se decante en un sentido positivo o negativo depende de múltiples factores. El pesimismo español hunde sus raíces en la historia, en nuestra literatura, en el ensayo, el arte y el pensamiento, en nuestro modo de ver el mundo y posiblemente hasta en la religión. Su peso en los siglos pasados ha sido abrumador y su sombra se proyecta aún sobre nuestras cabezas.

Bibliografía

- Altamira R. *Psicología del pueblo español*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.
- Azaña M. *La velada en Benicarló*. Madrid: Espasa Calpe, 1981.
- Azorín. Castilla. ed. de Inman Fox, Madrid: Espasa Calpe, 1995.
- Baroja P. *Camino de perfección*. Madrid: Caro Raggio, 1993.
- Buero Vallejo A. *Historia de una escalera*. Madrid: Espasa Calpe, 1997.
- Calvo Serraller F. *Paisajes de luz y muerte. La pintura española del 98*. Barcelona: Tusquets, 1998.
- Cambó F. *El pesimismo español*. Madrid: Hesperia, 1917.
- Cano JL. *El tema de España en la poesía española contemporánea*. Madrid: Taurus, 1979.
- Cebrián JL. *La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la transición*, Madrid: Taurus, 1980.
- Cela CJ. *La familia de Pascual Duarte*. Barcelona: Destino, 1984.
- Chaves Nogales, M. *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*. Madrid: Asociación de librerías de lance, 2004.
- Delibes M. *La sombra del ciprés es alargada*. Barcelona: Destino, 1988.
- Fernández Suárez Á. *El pesimismo español*. Barcelona: Planeta, 1983.
- Jiménez JR. *Melancolía*. Madrid: Taurus, 1981.
- Laforet C. *Nada*. Barcelona: Destino, 2004.
- Laín Entralgo P. *España como problema. I. Desde la polémica de la ciencia española hasta la generación del 98. II. Desde la generación del 98 hasta 1936*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2005.
- Lozano Marco MA. *Imágenes del pesimismo. Literatura y Arte 1898-1930*. Alicante: Universidad de Alicante, 2000.

- Núñez Florencio R. El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto. Madrid: Marcial Pons, 2010.
- Ortega y Gasset J. España invertebrada. Madrid: Espasa Calpe, 1977.
- Paisaje y figura del 98. Catálogo de la Exposición. Madrid: Fundación Central Hispano, 1997.
- Pena López MC. Pintura del paisaje e ideología. La generación del 98. Madrid: Taurus, 1982.
- Rama CM. La crisis española del siglo XX. México: FCE, 1976.
- Sueiro D. Rescoldos de la España negra. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- Tusell J. España, una angustia nacional. Madrid: Espasa, 1999.
- Unamuno M. de Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Valle Inclán MR. Luces de Bohemia. Esperpento, ed. de Alonso Zamora Vicente. Madrid: Espasa-Calpe, 1997.
- Varela J. La novela de España. Los intelectuales y el problema español. Madrid: Taurus, 1999.
- Verhaeren E y Regoyos D. Viaje a la España negra. Palma de Mallorca: Olañeta, 1983.